

bien hallados en el seno de una vida muelle y ociosa, apénas os dignáis lanzar una mirada hácia la cruz de vuestro Redentor, vosotros que embriagados del sabroso néctar con que os brinda Babilonia, holláis la cruz y el Dios de la cruz; fieros y arrogantes enemigos del Salvador, detenéd un momento vuestros pasos, fijád vuestra vista en este Dios-Hombre, y ved si en él reconocéis la imágen de la Divinidad: *Respice in faciem Christi tui*. Mirád pues á vuestro Cristo, aquel que desde la eternidad os amó con una caridad perpetua... Él os ha dado su sangre y su vida, y ¿vosotros rehusaríais darle vuestros corazones y vuestros homenajes? Él ha pensado en vosotros hasta el fin, teniéndos siempre presentes en su corazon, y ¿vosotros esperarís al fin de vuestra vida para pensar en él y creer en su Religion? Ingratos! fijád todavía una vez vuestras miradas en este Dios muerto por vuestro amor: ah! tal vez sea la última que podáis contemplarle. ¿Veis esa cabeza inclinada, esos brazos abiertos, ese pecho traspasado á impulso de una lanza? Pues bien; esos brazos desean estrecharos, esa cabeza os señala su corazon, y de ese corazon, de ese costado sale una voz dulce y consoladora que os dice: *Redite, prævaricatores, ad cor* (1): tornád, prevaricadores, tornád á mi corazon; yo os espero, yo os convido, venid; francas están las puertas de mis bondades y misericordias.

Acudamos presurosos, católicos, y postrados á los piés de nuestro divino Salvador, digámosle con toda la efusion de nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo etc.*

(1) *Isai. c. 46. v. 8.*

SERMON

DE LA PASION DE JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Mirabiliter me crucias.

Me atormentas portentosamente.

Job, c. 10. v. 16.

Con que en fin, ó eterno Padre, ¿estáis resuelto á sacrificar á vuestro Unigénito, á la figura de vuestra propia sustancia, al esplendor de vuestra gloria? ¿Con que el santo é inocente por esencia ha de ser el desgraciado objeto de vuestra justa cólera contra el pecado? ¿Con que el amor que tienes al hombre, ha de ejercer en tan grata víctima los opuestos oficios del verdugo mas cruel y desapiadado? Sí, señores, tal es la escena trágica que hoy nos representa el Evangelio en el lúgubre teatro de la afligida Iglesia. Tal es la conducta sábia y admirable de la Providencia, incomprendible y adorable siempre, de nuestro gran Dios. Aflige, humilla, abate y atormenta al que mas ama, al paso que con pasmo y asombro estúpido de los que no le conocen, prospera el camino de los impíos y malvados.

Job, aquel hombre justo, que en su virtud no tuvo semejante, y cuya rectitud y justicia fué encomiada por la boca del mismo Dios, del mismo Dios que le amaba con predileccion y distinguida ternura, tambien fué atormentado de un modo maravilloso, abatido y vilipendiado. Este fué un milagro incomprendible del amor, que ya figuraba á otro que habia de ser el asombro de todos los siglos y de la eternidad. Este es el que

hoy se celebra en la Iglesia santa con sentimiento espontáneo y casi innato en todos los que lo ven.

Hoy vemos á la Esposa del Cordero inmaculado desnudarse de sus propias galas y vestirse de luto y amargura. Vemos suceder á los himnos y cánticos de alegría, con que acostumbran resonar las bóvedas del templo del Señor, las lamentaciones, los gemidos, los ayes ¡los tristísimos ayes! signos todos del dolor mas acerbo. Vemos á los fieles, hijos de la Iglesia, y hasta á los que no lo son, tomar parte en la memoria de este suceso. Desde el monarca poderoso que manda á su arbitrio los pueblos, hasta el mas humilde mendigo, participan del sentimiento que inspira un recuerdo el mas funesto, al mismo tiempo que el mas portentoso que vieron los siglos. Y si volvemos la cara atras, sin mas que la fe humana que merecen los hechos calificados de la historia, hallaremos repetidos por el espacio de mil ochocientos cuarenta y mas años, los mismos extremos de dolor, de tristeza y amargo llanto en todos ellos, y en cuantos nos han precedido. Hallaremos sí, tambien al empezar la era, cuando tuvo lugar la horrenda catástrofe, tomar parte, y no la ménos principal para hacerla memorable, hasta á los seres inanimados é insensibles. Avergonzado el sol, como lo habian anunciado los profetas, por no ver la barbarie é injusticia de los hombres, corre un oscuro velo sobre su rostro y no quiere ser testigo del deicidio horrendo. La luna se convierte en sangre, que destila y llora en vez de lágrimas de dolor; los planetas salen de sus órbitas, suspenden el giro de su carrera y se paran, porque el cielo todo está suspenso y asombrado. Los montes y peñascos se conmueven y trastornan. La tierra se abre y lanza de su seno á los pacíficos durmientes, el aire se enrarece, y el mar da espantosos bramidos. En vista de trastorno tanto y de escena tan desusada, la filosofía observadora exclama imparcial por la boca de uno de sus sabios: «ó el Dios de la naturaleza padece, ó se disuelve la máquina del mundo.»

Para pintaros yo pues un suceso tan espantoso, cual es debido á la dignidad del asunto, y cual lo exige la misma piedad que os conduce al lugar santo, ¿á quién acudiré por gracias hoy en este momento? El eterno Padre está justamente irritado, y mira con faz airada á su mismo Hijo, porque ha tomado el hábito del pecado; el Espíritu santo con su divino amor ejecuta la fatal sentencia; la Virgen madre, anegada en un mar de

sentimientos y amarguras; los ángeles se ocupan en consolar á Jesus; los apóstoles tímidos y cobardes huyen y le abandonan; ¿á quién pues acudiré yo? Mas á quien, sino á ti mismo, ó buen Jesus mio, que aunque triste, humillado y muriendo, te has quedado en ese augusto Sacramento, para ser la sabiduría, la ciencia y la gracia de tus ministros que te supliquen? Á ti pues, ó Señor, me dirijo para que me ilumines, á fin de que pueda en algun modo bosquejar lo que el amor te hizo padecer por los hombres en tristezas, en afrentas y en dolores. *O sabbataris hostia! Ave María.*

Jesucristo tomó sobre sí y á su cargo el padecer por los hombres criminales todo lo que ellos debian para satisfacer á la justicia ofendida de su eterno Padre: el amor que Dios nos tuvo siempre, fué el que pudo hacer esta conmutacion ó sustitucion de persona; porque á no ser así, jamas pudieran los hombres dar una condigna satisfaccion. Todo el hombre pecó, y todo Jesucristo padeció. Representado en aquel Samaritano, á quien dejaron por muerto los ladrones, y mas bien en el justo Job, cuya pintura sigo desde luego, ni en su alma santísima y bienaventurada, ni en su honor y gloria inamisible, y ni en su sacrosanta humanidad quedó parte alguna sana, que no sufriese los mas crueles tormentos. En su alma, por medio de la tristeza y desolacion mas afligente; en su honor, por las afrentas y humillaciones mas degradantes; y en su cuerpo, por los tormentos mas crueles y la muerte mas acerba.

Entrád conmigo en esa populosa y memorable ciudad de Jerusalem, penetrád hasta el cenáculo, y empezaráis á ver con vuestros propios ojos la verdad de lo que digo. Sigamos á Jesus, y observaréis las pruebas. Acabada la cena legal, en la que este Señor echó por sí mismo los sólidos cimientos á su Iglesia santa, dando el mas brillante y pasmoso ejemplo de humildad y amor á los hombres; al despedirse de aquella sociedad santa, al darle el último á Dios, como enajenado y fuera de sí, echó los brazos al cuello á su esposa la Iglesia, y no quiso separarse de ella hasta el fin del mundo: pensó el modo de hacerlo, lo consultó con su eterno Padre, y en una elevacion de sus divinos ojos halló el maravilloso secreto de ocultarse sacramentado, y aunque iba á morir por los hombres, quedarse con ellos sin

jamás apartarse. Permitidme, que enajenado yo también, y aunque saliéndome de mi propósito, exclame aquí con el profeta Habacuc: « Señor, oí tu voz, y temí; consideraré tus obras, y quedé pasmado. »

El Salvador del mundo, lleno de gozo y de celestial placer con la invención de un secreto tan prodigioso, salió seguido de sus discípulos entonando himnos y cánticos de alegría, y se dirigió hacia el monte de las olivas, para allí á sus solas conferenciar con su eterno Padre sobre el importante negocio de la salvación del mundo que iba á emprender. Mas, ay de mí! que este santo gozo, este indecible placer de Jesús, pronto, muy pronto se ha de convertir en un torrente de amarguras! Las corrientes rápidas del torrente Cedron se han de llevar tanta alegría y han de dejar á Jesús con la mayor tristeza, desolación y desamparo.

Así es, señores, y así sucede. Al paso del torrente dejó á sus discípulos; le siguieron todavía los tres más amados; pero al internarse en el huerto, los dejó también y se retiró solo á lo más oculto, para dar lugar á que se apoderasen bien de su santísima alma las grandes ideas, que como enmarañado bosque é intrincado laberinto, ya la ocupaban. Allí puesto de rodillas ante su eterno Padre, pegado á la tierra su divino rostro, y derramando un diluvio de lágrimas, oraba y decía: *Pudre mio, si es posible, pasád de mí este cáliz tan amargo de mi pasión.* ¿Pero qué caliz y que pasión es esta? Ah! el espectáculo más triste, humillante y aterrador que presentaba á Jesús su ciencia divina en los sucesos de los pasados siglos, en las cosas presentes y que ya las tocaba de cerca, y en las de los venideros que las veía como presentes; todo se ofrecía con toda su extensión, circunstancias y consecuencias; y todo contribuía para ponerle en el estado más angustioso. Ya miraba cumplidas en su sacratísima humanidad todas las figuras de la antigua ley, y puestos en ejecución con el mayor rigor los tormentos que solo en sombra habían sufrido los justos de todas las edades, y que en él iban á tener cumplido efecto. Por consecuencia de esta idea, ya se veía sacado al campo como Abel, y muerto á manos de la envidia y del odio más impío; cargado como Isaac con la leña para el sacrificio, en que él era la desgraciada víctima; vendido como Josef y puesto en duras prisiones y cárceles; atado á la columna como Sansón sufriendo un diluvio de golpes y otro ma-

yor de improperios; hecho objeto de escarnio y de ignominia, y presentado por rey de burlas como David, herido de pies á cabeza, hecho un varón de dolores como Job, y aún así todavía insultado de sus amigos y favorecidos, muerto en fin, y encerrado como Jonas en la ballena del sepulcro y entregado al desprecio y al olvido.

Para llegar á un fin tan trágico y doloroso, consideraba los medios que su eterno Padre permitiría á los hombres poner en juego, y los instrumentos y resortes tan desusados é injustos de que se habían de valer estos. La negra traición de un discípulo, la envidia vil de sus enemigos, el falso celo de los que más quebrantaban la ley, la ingratitud atroz de sus mejores amigos, la ceguedad loca de un pueblo amotinado, y la más débil cobardía é injusticia de un juez, monstruo el más horrendo del mundo. Reunidas de acuerdo tan bajas pasiones, veía Jesús sobre sí los insultos, las amenazas, las humillaciones, los tormentos y la muerte; y á sus enemigos valerse del perjurio, de la blasfemia, del falso testimonio, y abusar de la nimia credulidad de un pueblo necio, para conmoverlo é insurreccionarlo en contra suya. De aquí es que con la mayor viveza y toda su intension se le presentaban las prisiones, los insultos, los menosprecios é injurias, así como los dolores de golpes, empujones, espaldas, azotes y crucifixión. Tan amargo, triste é inevitable porvenir, que veía ya próximo y aún presente, le sumergía en la agonía más angustiosa, y hacia que su alma bienaventurada huyese y temiese sin aliento.

Pero qué es esto, ó buen Jesús mio? poco hace que lleno de alegría dijiste tenías un gran deseo de que llegase este momento, y ahora que ya está próximo, lo temes, lo huyes, lo quieres evitar, y así lo ruegas y suplicas á tu eterno Padre! Saliste del cenáculo entonando himnos, que tan pronto se han convertido en llanto, lágrimas, tristeza, desfallecimiento y sudor de sangre! pobre Jesús!

Yo, señores, veo dos Jesús en esta ocasión; uno que se esfuerza, anhela, desea y se afana por morir, y otro que teme la muerte, la huye y hace instancias por evitarla. Y no es extraño, porque cortada por milagro la comunicación de la parte superior con la inferior de su alma, para sufrir así más y más, quedó sin aquel sosten y poderoso consuelo que le venía de la bienaventuranza; y nada sino tristeza, abatimiento y desolación

encontraba. Meditaba los dolores y angustias de todos los mártires, y cotejábanlos con los suyos y los hallaba mayores sin comparacion, y le parecian insufribles: no teniendo modo de evitarlos, se abandonaba á la tristeza mas afligente y á la pena mas sin consuelo. Trata de buscarlo en sus queridos discípulos, los llama; pero los encuentra dormidos, y este nuevo y triste desengaño de verse solo, aumenta su tristeza y lleva hasta la agonía su desconsuelo: *triste está mi alma hasta la muerte!* exclama. Sí, triste, porque voy á padecer mas que todos los que me han precedido y figurado, y con vuestro sueño me indicáis ya la indiferencia con que vosotros y el mundo ha de mirar mi pasion. Ese sueño me es ya un funesto presagio del desprecio que el mundo ha de hacer de mis tormentos, y acaso los mismos, á quienes se les aplique eficazmente, han de ser los primeros en hacerse indignos de la gloria que á tanta costa les voy á ganar: *Triste está mi alma hasta la muerte.*

Sin ser posible por entónces que Jesus apartase de su imaginacion el oscuro cuadro de estas ideas, y la espantosa perspectiva de la ingratitud de su pueblo, y mas la de los cristianos que se habian de perder, estaba casi exánime y fuera de sí. Su misma sacrosanta humanidad, abrumada y violenta con el peso y fatiga de meditacion tan triste y cruel, empezó á presentar síntomas de muerte y completa disolucion en un sudor de sangre, que corria por todo el cuerpo de Jesus y caía hasta bañar la tierra. Jesus enajenado, ya se levantaba, ya iba hácia sus discípulos, ya volvía atras, andaba, desandaba y giraba hácia todos lados, pero siempre dentro del círculo de su dolor. Pedia socorro á su eterno Padre, el cual aunque inexorable, le envió un ángel para que le confortase, pues si no, hubiera allí muerto Jesus, oprimido en su alma de la tristeza mas profunda y afligente con que el amor por los hombres le atormentó milagrosamente, y milagrosamente le sostuvo tambien, para obrar en su honor un segundo milagro, atormentándole con las afrentas y humillaciones mas degradantes.

SEGUNDA PARTE.

Ni el terror infundido en los ministros del prendimiento, á quienes con sola su respuesta hizo caer en tierra el Salvador; ni el milagro obrado á vista de todos, con que curó la oreja del

criado del pontífice, á quien el celo de Pedro la habia derribado; ni la mansedumbre y dulzura de Jesus, capaz de enamorar á los mas fieros caribes, fueron bastantes estímulos para que abandonasen su injusta empresa, ni dejasen de atar á aquel manso cordero, y llevarlo como á un facineroso, en triunfo de la codicia y del odio á la verdad. Un discípulo traidor, ladrón é infame, apegado al dinero, fué el primer instrumento de la perdicion de Jesus. Unos escribas y fariseos hipócritas y viciosos se valieron de él para deshacerse del Dios de la verdad, cuyas reprensiones les eran molestas y un obstáculo para seguir en su perdida y mala vida. ¡Cuántos Júdas que se prestan por codicia á vender á Cristo, hay en el día! ¡cuántos escribas y fariseos, hipócritas predicantes de la mentira, que se valen de aquellos para oprimir la verdad!

Entró Jesus preso en Jerusalem, que estaba conmovido esperando para escarnecer al que seis días ántes recibió en triunfo. Esta es la alternativa de las glorias del mundo. Aprendéd, miseros relumbrones, fiád poco de los mismos que mas os adulen. Reunidos estaban en la casa del pontífice todos los jurados enemigos de Jesus, y al verle, como para salvar las ritualidades irrisorias de verificar la identidad de la persona y aprender el cuerpo del delito, despues de examinar falsos y discordantes testigos que le acusaban de sedicioso, seductor, sacrilego y blasfemo, el pontífice le preguntó sobre su doctrina. Jesus respondió lo que convenia á la verdad; mas á una confesion tan sincera y verdadera, un humilde criado de escalera abajo, un ingrato soez, sin guardar decoro ni al tribunal, ni al acto, ni ménos á la santidad é inocencia misma del Dios de las virtudes, levantó su furibunda mano, y dió una terrible bofetada en el rostro del Hijo de Dios. Aquel rostro divino, en quien desean con ansia mirarse los ángeles; aquel á quien alaban y saludan de gozo y júbilo los hijos de Dios; aquel rostro á quien adoran con santo temor los bienaventurados; aquel el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres; ahora desfigurado, ofendido, ajado é ignominiosamente maltratado por un ser despreciable! Ah! mira, monstruo, recuerda que hace un momento que te ha hecho el beneficio de curarte la oreja; ten presente, párate, reflexiona... pero no, la ingratitud es el patrimonio de las almas bajas; desde hoy hasta la eternidad serás tenido por el mas vil de los vivientes. Te atreves á cometer

ese ultraje humillante, cuando si ese buen Jesus no mediase, habria Pedro acabado contigo y con todos. Pero, señores, Pedro he dicho: moderád vuestro justo odio contra el malvado que dió á Jesus la bofetada, porque va á recibir otra mucho mas sensible, por quien la da; mucho mas humillante, porque es en su honor.

Pedro, aquel discípulo privilegiado, distinguido sobre todos, y que en la cena ofreció no abandonar á su maestro, aunque hubiese de padecer la muerte; ahora le niega y jura que jamas le ha visto ni conocido. Qué afrenta para Jesus! hasta su primer discípulo se avergüenza de serlo! Pedro, Pedro! ¿en esto han venido á parar aquellas tus promesas y valerosos ofrecimientos? ¿Dónde está aquel santo, impertérrito y decidido celo, con que hace nada tiraste de la espada para acabar con los enemigos de Jesus? Tan pronto te amilanas y abates? ¿Una criada y dos miserables lacayos son bastantes para hacerte negar á Cristo? Pero, ah! señores: humillémonos delante de Dios, considerando nuestras propias miserias; desconfiemos de nuestra fidelidad y constancia, y en vez de juzgar á Pedro, el que esté en pié, mire no caiga. Templemos nuestro celo contra el discípulo, no sea que entre tanto nos olvidemos de su Maestro.

El Salvador ya salió de la presencia del concilio sentenciado como reo de muerte. Al oír de su boca el pontífice la sincera confesion de que era Hijo de Dios, respetándose poco á sí mismo y á la solemnidad del acto, respetando ménos á Dios, rasgó despechado sus vestiduras y dijo: *este blasfema, ya lo habéis oído; es reo digno de muerte.* Así se disolvió la impía reunion, y Jesus quedó entregado en manos de la soldadesca, metido en prision el resto de la noche; y qué noche para Jesus! En el dia terrible del juicio se nos hará ver lo que padeció en ella este Señor, para ponerla en cotejo con tantas otras en que nosotros acaso hacemos renovar las injurias y ultrajes al Redentor, ó las subimos de punto con nuestros desórdenes. En ella se le tomó por objeto de burla y pasatiempo, deshonorando nada ménos que hasta la misma Divinidad. Los unos le vendaban los ojos, y dándole recios golpes, bofetadas y empellones, le decian: supuesto que eres Dios, profetiza y dí quién es el que te ha dado: los otros en mofa le hincaban la rodilla, para simular fingida adoracion, y le saludaban con improperios y desvergüen-

zas. Fué tanto lo que Jesus padeció y sufrió de insultos y baldones, que hablando humanamente, no podria sobrevivir á penas tan grandes.

Aún no bien amanecía el gran dia del mundo, cuando reunidos de nuevo sus jurados acusadores y enemigos, le arrastraron al pretorio ó tribunal de Pilátos, para que confirmase la sentencia de muerte, que ellos ya habian pronunciado, y dispusiese la ejecucion. Lo hicieron, como siempre lo hacen, los que maquinan pretensiones injustas. Conmovieron al populacho brutal, feroz y estúpido y fácil á dejarse ir sin reflexion hácia lo que les inspiran los magnates, y mas fácil á ser sobornado y corrompido. Como afectaban hipócritas la observancia de la ley, se guardaban de entrar al pretorio, por no mancharse en una causa criminal, haciendo de acusadores; pero andaban mezclados y confundidos en los grupos, insinuando á tiempo á la multitud lo que les acomodaba que gritase. Pilátos al principio con sangre mas fria é imparcial oyó los clamores del pueblo contra la vida de Jesus; oyó que le acusaban de sedicioso y blasfemo: le preguntó, y Jesus calló á todo, ménos cuando fué necesario dar público testimonio de la verdad de ser Hijo de Dios. Alerta, cristianos, á este ejemplo: siempre debemos sufrir y callar; pero no cuando es preciso confesar á Jesucristo.

No halló Pilátos méritos bastantes para condenar á Jesus; antes sí le declaró inocente. Mas para sosegar al público, les propuso si querian que le indultase en favor de su fiesta; ¿y cómo habia de suceder esto? El pueblo infame, ganado y seducido, pidió su muerte, y el indulto para un asesino, llamado Barrabas. Dolorosa y humillante ignominia para Jesus! ¿El mas inocente y santo de los hombres, el Hombre-Dios puesto en paralelo, echado en suerte con un bribon, con un malvado, y pospuesto á él! El corazon late con movimientos convulsivos, y no puede sufrir una obcecacion é injusticia tamaña. Pero humilde y paciente, Jesus mio, no será esta la vez sola que el mundo haga público alarde de posponerte, y preferir ántes que á ti al demonio, á las pasiones y á la locura. Y si no metamos cada cual la mano en nuestro pecho, registremos nuestra conciencia.

Entre las voces que oyó Pilátos, fué una la de que Jesus era galileo, y hallándose por suerte en Jerusalem Heródes, que era